

Gregoria y sus hijos, ilustraciones sobre la cultura de la violencia

Ruth Guzik Glantz*

Regnar Kristensen y Claudia Adeath, *Los hijos de Gregoria. Relato de una familia mexicana*, México, Grijalbo, 2020, 326 pp.



Los hijos de Gregoria..., publicado por Grijalbo en marzo de 2020, que como su subtítulo lo indica constituye el relato de una familia mexicana de la colonia que los entrevistados y protagonistas de la historia pidieron llamar como Esperanza, ubicada en la Ciudad de México, constituye un libro que atrapa al lector y lo mantiene atento, por su trama diáfana, ágil, empática, descriptiva y novelada que hacen de sí mismos los miembros de la familia Rosales —apellido metafórico de la narración misma— acerca del drama y aspiraciones por el que atraviesan también incontables familias de las áreas marginales de la capital del país y su zona metropolitana y que forman parte del mundo de

* Profesora-investigadora de la Academia de Comunicación y Cultura de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

quienes “se rifan la vida vendiendo drogas, robando tráileres y cobrando por su seguridad”.

El texto se vuelve difícil de abandonar porque está construido sobre la base de un trabajo antropológico clásico, de una “etnografía dogmática” apunta el propio Regnar Kristensen en el colofón de su libro, en el que los investigadores fungen como editores de lo que, de acuerdo con ellos, conformaron alrededor de 3 500 páginas de registros de entrevistas, sintetizadas en un poco menos de 300 cuartillas, descriptivas de la casa, las nociones de familia y de pareja, de respeto y de violencia, de cárcel, extorsión, de enfermedad. Así también se trata de una propuesta etnográfica de gran actualidad en la que, sin explicitarlo, los autores hilvanan una narración sobre la trayectoria, creencias, experiencias, convicciones y aspiraciones de la familia de Gregoria a partir del entretreído de los testimonios de sus distintos miembros, que derivan en una genuina telaraña de significados, como la que propone Clifford Geertz, en la que se asoman las interpretaciones individuales, a la vez que se muestra como todas ellas en su conjunto configuran una mirada compartida de su realidad.

Ese trato asignado a los informantes es aplicado por Regnar y Claudia también a sí mismos, de ahí que si bien el relato y descripción está constituido con base en transcripciones —en que omiten repeticiones, interjecciones y reiterados vocablos groseros y muletillas— su organización y tejido en una trama única, está construida por sus autores, bajo una mirada empática que no deja de reconocer el lugar desde el que cada uno de los dos mira, lo cual asigna a su libro una textura mixta entre el estudio antropológico que explícitamente rinde honores al libro clásico *Los hijos de Sánchez* de Óscar Lewis y un retrato novelado que Regnar Kristensen describe como “un estilo narrativo realista” que se propuso “dar voz a la vida cotidiana, los sueños y las ansiedades de las personas que había estudiado. Quería ofrecer al lector la oportunidad —dice Regnar— de acercarse a algunos de los lados más oscuros de la condición humana, la emoción, la

conmoción, por medio de una ventana tan transparente, que no planteara ningún impedimento para su comprensión”. Y tal vez lo más importante: “El reto era lograr una escritura ágil, al alcance de todos, incluidos ellos, lo sujetos de los que trata el libro” (p. 317).

Se trata de una muy interesante obra sobre el “sórdido mundo” en el que denominan sin eufemismos, tanto los autores como los actores mismos del libro, a los “chavos... sicarios, secuestradores, ladrones, contrabandistas”, espacio en el que incursionaron con una cámara Claudia y una libreta de campo en mano y a la vista Regnar, para que “ellos no tuvieran ninguna duda del que yo estaba ahí para estudiarlos [...] por eso también les mostraba mi cuaderno de notas de vez en cuando” (pp. 308 y 312). Los autores describen la hechura y publicación de su libro como “una gran oportunidad para estudiar un área del crimen, que ocupa tanto espacio en la mente de los mexicanos” (p. 311).

¿Y desde qué lugar ubican su mirada los autores? Cuando Kristensen y Adeath inician su estudio, que se prolongó por ocho años, Regnar se desempeñaba como jefe del Departamento de Reducción de la Oferta de Drogas en México y Centroamérica de la ONU en México, y Claudia había trabajado con niños, niñas y mujeres en situación de indigencia, a la vez que promovía acciones de cultura ciudadana por medio del arte y la comunicación. Ambos autores explicitan el contraste entre sus vidas y la de la familia Rosales, que se desenvuelve en un espacio en el que “el barrio te jala”, en el que muchos se dedican al robo, el contrabando, la piratería, el mercado de las drogas, la venta de seguridad, que los mantiene “inmersos de una u otra manera en una economía global y clandestina que los empuja hacia los márgenes de la sociedad” (p. 315).

Tal vez sobra hablar acerca de la importancia de desarrollar investigación de corte antropológico entre esos sectores del país, los cuales crecientemente ocupan mayores espacios a los que es difícil y hasta arriesgado acceder por razones tan obvias

como los intrincados intereses de los implicados en esas actividades, desde los niveles operativos, hasta los medios y altos del poder político, económico y judicial que se documentan en el libro. La impunidad, el desprecio por la vida ajena e incluso por la propia, las condiciones de clandestinidad y de ilegalidad en las que se desenvuelven esos colectivos son, por supuesto, limitantes por excelencia y permiten apreciar en todo lo que vale, a un libro como éste que, además de abrirnos la puerta a las casas y vida cotidiana de Gregoria y sus hijos, nos permite posicionarnos desde nuestra particular lectura frente a la profunda e hiriente realidad que ellos viven, mirarlos desde nuestros propios juicios y prejuicios. La voz de los autores se encuentra apagada, sólo oculta tras las decisiones con las que se construyó esta trama configurada por testimonios diversos. Transcribo aquí algunos pasajes para incitar su lectura.

El libro inicia con el relato de la adquisición de su casa después de perderlo todo en el terremoto de 1985 y continúa con las descripciones que hacen diversos hijos de Gregoria —y ella misma— de su familia, de sus relaciones en la infancia y juventud con Gregoria: fría, dura y violenta, y con abuelas, abuelos, tías y hasta un suegro amoroso y protector, a quienes delegó la tarea de cuidarlos para dedicarse al trabajo. Algunos de ellos señalan que sus problemas derivan del trato materno y de eso que interpretan como abandono. Se trata de siete hijos de cuatro padres diversos; Luz habla sobre ese papel asignado a Gregoria en tanto madre:

Los más culeros de mis hermanos son la Lidia y el Lalo. Cuando algo les sale mal culpan a mi mamá, culpan al papá que no tuvieron, pero no es cierto, los culeros somos nosotros mismos. No me acuerdo de que mi mamá robara, ni que secuestrara, ni que se enviara, ni que tomara. Ah, pero la culera de Lidia y el Lalo dicen que agarraron todos los putos vicios por culpa de mi mamá. Israel y Mario son bien desmadrosos, pero no culpan a mi mamá, pero ahí viene Lalo y dice que agarró el vicio porque mi mamá lo dejó. Le he dicho: “Mira hijo de tu repu-

tísima madre, si no te hubiera cuidado te hubieras muerto de hambre, pendejo —se lo he dicho—. Culero, tú cállate, porque tú eres peor que ella. Tú como cabrón no tienes una casa, no tienes un carro, no aspiras ni a una puta bici, tú te la pasas robando a la gente”.

Y concluye: “A mí me emputa, terminamos siempre alegando [...] Aunque yo sepa que ella lo hizo, no voy a permitir que la gente hable así de mi mamá” (pp. 45-46). Luz describe las causas que configuran el carácter de su madre: “Es cabrona, su gesto es duro, sus contestaciones son duras, pero yo creo que todo es parte de su vida, como que la vida le ha hecho su carácter fuerte. El quedarse sola con siete hijos en un pinche barrio tan cabrón te endurece. Y luego el vender cervezas y tacos con todo ese desmadre en la noche, pues te come o te hace cabrón” (p. 45).

Gregoria es descrita por sus hijos y nueras como la madre expectante de atenciones, que reprende a sus hijos cuando salen a robar, que usufructa de estas actividades con las que ellos “se rifan la vida”, ahora ella tiene dientes, su madre una lavadora...

El robo implica reflexiones sobre sí mismos, sobre los otros, distingue a inteligentes de quienes no lo son, crea lazos de lealtad y de sospecha entre pares, distingue a los estrategas de los torpes y desdinosos. Así, Israel, el hijo marcado por todos como el preferido de la madre, inició a los “16, 17 años” robando relojes, “traíamos hasta dos Rolex diario”. “A mí me encantan los relojes, ya sea de bolsillo o de mano. Te dan el tiempo y todo, pero más que eso son un accesorio, un adorno que existe por mucho tiempo, lo mismo que una cadena o un anillo” (p. 50). Después de disertar sobre los distintos tipos de relojes que no usan pilas, te dan la hora de todos los países, sirven para bucear, te dicen los horóscopos, Israel alude al uso diferente que hacen unos y otros de estos objetos: “Entonces, un buen reloj no lo compras, lo estás alquilando, porque te mueres tú y el reloj va a seguir pa’ tu chavo o pa’ tu nieto. Se puede decir que un reloj en realidad no es para

ti, por lo menos esa es la historia de un reloj bueno, de gente de dinero. Ellos saben lo que es un reloj bueno y por eso los guardan y los dejan de herencia” (p. 50).

Sin embargo:

Yo no soy así, porque mi papá no tenía dinero. A lo mejor uno tiene la manera de conseguirlo y por eso puede traer un reloj fino, pero ese tipo de relojes es pa’ las personas finas. Yo lo tengo, lo guardo y luego lo vendo. Me cae otro y lo guardo y así le voy dando vueltas, pero no es lo mismo [...] Regalamos dinero para todo, al chin. Ya ni tengo un reloj fino, porque lo vendo y el dinero me lo gasto en viejas, desmades, vicios, chupe” (pp. 50-51).

Por su parte Mario roba camiones: “En realidad, cuando asaltaba me la llevaba tranquilo con los choferes de los camiones, yo les decía: ‘Tranquilo, güey, no le voy a hacer nada. Si ve una patrulla, no haga pedos, hijo de su puta madre, porque lo mato’ [...] pero no nos mandábamos, sólo era puro terror verbal” (pp. 52-53).

En ocasiones simulaban ser policías, pues no todos los camiones les son atractivos: “Ya después de revisar la mercancía, si era algo chido: ‘¿sabe qué? Ya chingó a su madre, agáchese puto, y no haga pedo’. Y si era algo culero, le decía: ‘¿Ya ves culero? Na’ más era revisión pa’ ver qué traías, porque nos reportaron un camión más o menos como el tuyo, cabrón” (p. 53). Presume Mario: “Nunca me agarraron, ni un pinche atorón, bendito sea Dios” (p. 54).

Las disputas en torno al dinero son muchas, Mario aclara: “con los que yo trabajé siempre dividimos igual para todos”, eso implicaba para él y sus pares que, en el caso de ser encarcelados, nadie los apoyaría con los gastos familiares o para salir de ahí.

Por su parte, Lidia y Eduardo son ladrones de otro tipo, ella robó ropa y artefactos similares que guardaba entre su propia vestimenta y “solamente una vez mi mamá me llegó a sacar de la Delegación”, mientras que Eduardo roba “para solventar

mis gastos de la adicción”, y lo hace cerca de su casa, su madre lo reprende por no trabajar. Sobre sus estrategias dice: “A veces se escoge a la persona más débil, si la ves con miedo, es cuando dices: ‘Chingó tu madre, dame todo, cabrón, te mato si no aflojas’, y la revisas de pies a cabeza. Si es una muchacha le decimos rápido: ‘¡No grite! ¡Cállese o le doy en la madre!’”, porque las mujeres son muy escandalosas, gritan mucho. Por lo mismo, prefiero robar a los hombres” (p. 57).

Gregoria resume: “La neta, yo si admiro a los rateros que se la juegan de a de veras. Esos que se van a robar a las carreteras los tráileres, esos grandotes. Esos sí son rateros chingones, no esos que asaltan afuera de su casa o en el puestecito con su pistolita y se meten corriendo a que su mamá los proteja” (p. 60).

Pero Kristensen y Adeath nos muestran que el mundo de los rateros —como los entrevistados se denominan a sí mismos y a los otros— es precisamente eso, un espacio social y cultural en el que las prácticas consistentes en robos mutuos, extorsiones, amenazas, complicidades a modo, los golpes y asesinatos, no son una cara de la vida, sino la vida misma. La violencia y la confrontación, la tensión permanente, constituyen la goma que articula todas las relaciones de esos oscuros y desolados espacios, incluyendo los de las familias mismas.

De manera que personas como Eduardo y Lidia, hijos de Gregoria, o su nuera y yerno, Patricia y Enrique, a fin de “no entrar a las drogas o en giros negros”, se dedican al comercio de fayuca y de piratería, y para hacerlo, sostienen tratos con una policía que al tiempo que los “cuida” de la policía misma a cambio de “20 mil pesos para hacerse güeyes”, les levantan sus puestos y decomisan sus mercancías, para luego vendérselas de regreso. Ellos negocian con vendedores de seguridad contra los robos, un “nuevo giro” de estos delincuentes: “Creo que hasta los mismos rateros se dicen: ‘ya no robamos, no más cobramos por no robar’. Así no roban tanto y ganan dinero” (p. 64).

Los relatos articulados por los autores en este interesante libro nos muestran que el trabajo delincuencia —por llamarle trabajo— no se hace en soledad, sino que es arropado por el colectivo. La adscripción a la banda otorga identidad y sentido de pertenencia: “Solamente quería sentirme parte de algo, de lo cual yo no era parte” y constituye el espacio desde el que se miran la ostentación y luminosidad, el mobiliario y la música, la comida y bebida, los objetos de ornato y los diversos placeres, entre los que se encuentran las mujeres mismas como trofeos, a los que pueden acceder con el dinero derivado de sus actividades ilícitas. La lectura entre líneas nos sugiere que todos esos lujos son efímeros y parecen siempre ser ajenos a ellos, patrimonio de los otros, de “los ricos”. Dice Eduardo: “A quien no le va a gustar tener una casa, el carro del año, varias mujeres guapas, aunque sea gracias al dinero, aunque sea por medio de una personalidad falsa” (p. 69).

La adscripción a las bandas, siempre enfrentadas entre sí, aunque impliquen en ocasiones relaciones de parentesco, la “posesión” y el cortejo de mujeres que se relacionan con los miembros de una u otra banda en disputa, constituyen pretextos, argumentos para que las confrontaciones entre unas y otras agrupaciones sean literalmente a muerte. Señala Eduardo: “Las peleas dentro de las bandas siempre han sido por las mujeres”, aunque en estos enfrentamientos subyacen los intereses no siempre propios: “Él ha jalado bien en esa banda, pero sigue teniendo patrones, y sus patrones tienen otros patrones” (p. 68).

Adscripción y desadscripción, lealtad y traición, amenazas y temor, vida y muerte, poder e incertidumbre, subyacen y constituyen la cultura de “los amantes de lo ajeno” —dicen ellos— cosmovisión desvestida de empatía, de aprecio por la vida de los otros e incluso de la propia, que tanto sorprende a quienes observamos esas atroces prácticas a través de los medios o los relatos de múltiples víctimas.

La compra, venta, procesamiento y consumo de estupefacientes, delito por excelencia, es cruzado por todas las complicidades, traiciones, asesinatos, lastimaduras y amenazas de muerte, así como por alianzas y desencuentros con los “policías corruptos” y los “incorrompibles” —señalan ellos— lo mismo que robos, acogidas y enemistades con la familia misma. Tal vez la adicción es el mayor de los estigmas, sólo sostenida por el “dinero fácil” y los beneficios derivados del tráfico de sustancias sicotrópicas.

Así, el vendedor de discos pirata, Eduardo, describe sus propias condiciones como consumidor: “Yo empecé a drogarme en mi propio cuarto. Ahí había una cama, un mueble, una televisión y mi ropa. Llegó el momento en que ese cuarto se volvió un basurero, había demasiadas latas tiradas, encendedores, papeles, parecía una guarida de ladrones” (p. 74). Y respecto a su lugar en el mundo agrega: “Nunca fui un buen hijo, nunca fui un buen padre, nunca fui un buen amigo, nunca un buen hermano; siempre estuve tachado por la sociedad, por la familia” (p. 75).

Las mujeres y los niños también participan en estas actividades delictivas. Sobre las primeras, afirma Gregoria: “Yo conozco un chingo de chavas que venden vicio. Qué huevotes tienen esas señoras. De antemano, saben que si las agarran los ojetes policías primero las violan, después las entregan y se van a chingar al reclusorio unos años. Pero la vida es cabrona, no pueden quedarse sin comer, tienen que rifarse por sus familias. Que Dios bendiga a todas esas muchachitas” (p. 77).

Sobre los niños describe Eduardo una realidad todavía más desoladora:

Los delincuentes ahora son chavillos. Trece, 14 años y ya traen armas, o sea, dejan la escuela para quererse ver bien, por querer andar en la moda, por querer ser más que otros. Es como un virus del que no encontramos la cura, llámese adicción, llámese adolescencia, llámese vandalismo, llámese corrupción. No hay cura. ¿De qué sirve que en un momento agarren a las cabezas grandes, si siguen las cabezas de abajo? (p. 79).

Por su parte, Mario también habla sobre los niños: “Ahora la chiquibanda en Esperanza anda bien loca, muy desatada, todos esos pinches chavos son matones. Ya nadie se tira unos putazos, ahora se tiran puros balazos” (p. 79).

En el libro se abre un capítulo titulado “infidelidades”, en el que los testimonios de los familiares de Gregoria y de ella misma describen sus complejas relaciones familiares, de pareja, amorosas y afectivas, en las que alternan las más variadas expresiones cariñosas, empáticas, de compañerismo, solidaridad y complicidad, cruzadas o articuladas bajo todas las expresiones de la violencia de género.

Se da cuenta de complicados entramados en que se culpa a mujeres y a hombres, madres, padres, esposos o esposas, nueras y yernos, sobre las condiciones, lazos y hasta actividades que desempeñan unos y otros. Se ilustran múltiples problemas relacionados con los vínculos amorosos y de desamor, con las relaciones sexuales, la celotipia, los embarazos no planeados, la educación de los hijos, las adicciones y sus tratamientos, las complicidades de los miembros de un género frente al opuesto, los amagos, previsiones y amenazas derivadas de las propias actividades a las que se dedican muchos de ellos.

Se trata de un capítulo singular que conduce a muchas reflexiones derivadas de la similitud con los testimonios recogidos en los estudios etnográficos sobre violencia de género entre grupos de extrema pobreza, a la vez que se observan vulnerabilidades y fortalezas de esas mujeres tan expuestas a todos los tipos de violencia desde su nacimiento. Se retratan ahí todas las tipologías ya definidas sobre las violencias, y que están presentes en cada espacio: la casa y familia, la vecindad, el barrio, la escuela, las bandas, las calles, las carreteras, entre personas conocidas y desconocidas, entre hombres, hombres y mujeres, mujeres, viejos, maestros y alumnos, niños y niñas.

Relata Mariana sobre una irrupción en la vecindad por personas de otra cuadra, que deriva en destrozos en el lugar y en su casa, durante el cual

ella y su hermano Alfredo protegen a los más pequeños de la familia:

Puse una tranca en la puerta para que no entraran y a Alfredo, que era el más grande, le doy un cuchillo y lo paro de un lado y yo me paro del otro lado, con un cuchillo también. Estábamos chiquitos, yo tendría como 12 años y los demás de ahí pa'bajo.

—Al primero que entre lo matamos —le dije a Alfredo.

—Sí, manita, sí.” (p. 130).

“Putazos” y “madracos” cuando no hay pistolas —pues son peligrosas, afirman ellos mismos—, cuchillos, palos, varillas, picahielos, botellas, anillos y alfileres en los puños, son las herramientas para imponer “respeto a chingadazos”, entre hermanos, padres e hijos, suegros y yernos, vecinos, socios, hombres y mujeres, pero “tener palabra es lo que te hace un buen cabrón, es lo que más vale” en los “negocios chuecos o derechos” (p. 133).

El barrio está permeado por un culto a la violencia que lo cruza y constituye, forja forma, prepara, protege. Dice Luz: “Siento que esa es una gran diferencia entre el barrio y una persona que nunca ha estado en un barrio. No te va a dejar el barrio más que un chingo de carácter” (p. 135). Reputación de matón, las armas, el aspecto, colocan a unos sobre los otros, es violencia que frena violencia. El altar de la Santa Muerte a cargo de Gregoria coloca a toda la familia Rosales en un lugar de fuerza frente a los lugareños. Culto religioso, que parece estar en la base de esta cultura de la violencia que se teje en la colonia Esperanza. Mariana hace una visita:

—¿Cómo estás manita?

—Bien

—Oye, que aquí es dónde vive el Víbora, ¿Verdad?

—Sí, ¿por qué? —me dice

—Ay, mana, porque dicen que va a quemar mi casa, por eso traje a mi hermano.

—¿A poco ese que vino era tu hermano?, se ve bien maldito.

—No se ve, manita —le digo—, es bien maldito, ya ha matado a muchos, por eso lo traje, porque antes de que quemen mi casa es más fácil que nosotros quememos la suya.

—Ay no, manita, es que sí se ve bien cabrón tu hermano.

—Sí, pero ya me voy, que na'más venía a saludarte.

—Bueno, ahí nos vemos.

—En la noche, ya fueron dos señoras a mi casa.

—No, no es cierto, cómo cree, nosotros no le queremos hacer nada.

Tuvieron miedo (pp. 153-154).

Los testimonios sobre la cárcel recogidos en este libro sorprenden por su elocuencia, pero también porque las diferencias entre la calle y el reclusorio consisten tal vez en que en éste las amenazas, extorsiones, asesinatos, robos, corrupción e impunidad están institucionalizadas y en las cadenas de poder participan todos: reclusos, compañeros de celda, los reos formados en una fila para comer o recibir audiencia o la resolución de un juez, los parientes de los reclusos, los abogados, los jueces, ni hablar de la policía o los agentes del ministerio público con quienes inician estos procesos. Las 21 páginas del libro dedicadas a la “cárcel” describen claramente esa puerta giratoria en la que circulan los de “afuera” y los de “adentro”, colocados unos y otros en distintas posiciones de fuerza:

Adentro del reclusorio está cabrona la vida en todos sentidos.” Es como en la calle, se juntan grupos. Están los que venden el vino, están los que venden perico, están los que venden la droga, están los que venden la mota, y así. Pagas una lana y escoges qué quieres vender. Son tres turnos del custodio, pues a los tres turnos les tienes que dar su lana de lo que vendas [...] Todo es lana. Tienes que hacer el dinero a güevo, ya sea boleando, vendiendo dulces o a lo grande, vendiendo droga (p. 165).

Una vez afuera se encuentran entre sí en posiciones distintas, pero bajo los mismos valores entendidos:

Hace poco me encontré un custodio en el Centro. A mí nunca me hizo nada, la neta. Lo veo de lejitos y me le acerco, le digo:

—¿Qué pasó mano?, ¿qué pedo?

—No, espérate, güey, no te pases de verga, ando con mi familia.

—Cálmate, no te saques de onda —le digo—, te vengo a saludar, a mí no me hiciste ni madre.

—Lo que se te ofrezca —y me dio su teléfono.

Bien puto.

No es lo mismo estar ahí adentro, donde esos güeyes son la policía, que en la calle donde estamos parejos. Nunca le he hablado, pero es de los más manchados, o sea, le tembló el culo bien machín (p. 182).

Claudia y Regnar incluyeron un capítulo en el que organizan interesantes testimonios sobre la religión, la fe, Dios, la Santa Muerte, los Santos, los ritos y creencias, como otra de las expresiones culturales de los grupos delincuenciales de las zonas urbano-marginales que retrata *Los hijos de Gregoria...* Éste es, tal vez, uno de los apartados en el que los argumentos para practicar la violencia alcanzan magnitudes inverosímiles.

De manera particular, Gregoria obtiene recursos de la venta de veladoras para el altar que levantó para la Santa Muerte y que colocó a la vista y acceso de todo el barrio, una vez que su hijo Mario adquirió esa enorme imagen como cumplimiento de una promesa derivada de su ruego por libertad, después de un encarcelamiento por secuestro del que fue absuelto.

Los relatos y reflexiones sobre Dios, la Santa Muerte, los distintos santos, el cielo y el infierno, la vida y la muerte, la fe, constituyen un componente inherente a la compleja narrativa de Gregoria y de sus hijos y lo que creo constituye un culto a la violencia.

De mis hijos, Mario si es de la Santa Muerte, pero también es devoto a la Virgen de Juquila. Luz es como que sí, como que no, pero tiene su altar. Israel definitivo es Chalmero y San Juanero, pero respeta a la Santita. Alfredo no cree en nada, pero lleva un camino recto en lo que cabe. Mariana es de la San-

tita, ella no falta los días 15 a los rosarios y tiene su altar en su casa. Lidia y Lalo también tienen sus muertecitas. Así cada quien ha hecho su caminito pa'donde quiere.

Y agrega: “Mientras sea un buen camino que lo jale, todo está bien. Es bonito, porque todos creemos en algo y cada quien respeta la creencia del otro. ¡Qué bueno! Yo nada más quiero que crean en algo y tengan fe en algo, porque es muy importante que tu corazón se llene de dicha y de fe” (pp. 185-186).

Israel describe los atributos de Dios y los de la Santa Muerte:

La Muerte es muerte y Dios es Dios. Dios no va a estar pidiéndole a la Muerte: “Déjalo vivo”, ni la Muerte le va a estar diciendo a Dios: “Deja lo mato” ¿crees que Dios lo permitiría y diría: “Sí, mávalo”? Ella es la que te lleva y él es el que te trae. Uno hace una cosa y otro hace otra —Mejor cada quien su pedo. Entonces, yo siempre le pido la vida y la salud a Diosito y en el momento que sé que es de vida o muerte, le pido a la Santa Muerte (p. 199).

Ejemplo de este complejo entretejido cultural constituido por creencias, discursos y prácticas es tal vez este testimonio de Israel lleno de contenido:

Es tan sencillo y tan complicado como lo ponga la gente [...] Muchos le piden porque saben que la Santa Muerte les va a oír más, porque ella es la que va por nosotros y la gente le dice: “Dame chance, aviéntame unos añitos más, dame tregua”, pero como quiera, te va a llevar a güevo. ¿por qué? Porque ahí está escrito. Le traigas un ramo de flores a diario, o lo que sea, de todos modos vas a bailar verga. Bueno, si hay un balazo, le dices: “Dame chance y te prometo que te llevo algo”, pero ya eres tú haciendo una transa, como cuando te agarra la policía: “Dame chance, no hay pedo, una luz; un regalito”; a ella le dices: “Mira, te prometo que voy a verte, te regalo algo, equis”. En ese momento, ya estás haciendo el pacto con ella. Si no cumples, sácate a la verga, te lleva porque te lleva o se lleva a alguien de tu familia (p. 198).

Para Israel, este culto a la Santa Muerte es eso, cultura, su cultura, dice: “Cuando me preguntan: ‘¿tú crees en la Santa Muerte?’, yo digo: ‘Sí’, pues, porque he leído, me he cultivado, sé la historia que tiene la Santa Muerte, sé su significado”. Y poco después expresa de manera sintética: “La gente se va a la voz del pueblo, pero en realidad pocos saben lo que es como cultura” (p. 198).

La espiral de la violencia rebasa los límites de la familia, el vecindario, la colonia, las calles, donde las amenazas, los balazos, la santería y la brujería son armas poderosas; se extiende desde aquellos espacios hasta la policía, el gobierno, los medios de comunicación masiva y la delincuencia organizada.

Esos sujetos, aparentemente desarticulados, esas figuras poderosas en sus propios territorios, forman parte orgánica de la delincuencia organizada y constituyen su base operativa. Sus miembros fluctúan entre el poder y su condición de prófugos, son internados y salen de los reclusorios mientras siguen vivos y protegidos tanto por los santos, la bujería, sus armas, su astucia, su violencia, su dinero y su fuerza, como por los recursos de los jefes y genuinamente poderosos. Dice Gregoria: “Tiene bajo arraigo a otros, pero en sí, de los que están nombrando en los periódicos no han agarrado a ninguno. No le queda de otra al gobierno que aventar esas noticias como parapeto para calmar a la gente” (p. 249).

Señala Gregoria sobre su hijo el Six Pack:

Yo sé que un día voy a ver a Israel en la televisión, el día que lo agarren, porque es la realidad. Ya son muchos los medios de comunicación que lo mencionan, es mucha gente que está desapareciendo y estas acusaciones no son mamadas, es un pedote y, de veras, no sé qué hacer. Sólo digo: ‘Ahí te lo encargo, Señor, cuídalo en tus manos flaquita, vete a ver a mi hijo, y San Lazarito, préstame tus perritos para que vayan a cuidar a mi hijo (p. 248).

Se describen figuras en la oscuridad y clandestinidad pero que se conocen e identifican perfectamente entre sí y parecieran ser figuras públicas: “No es

uno, son un chingo de culeros que están metidos en esto y todos saben mucho. Son acusaciones en donde están involucrados los más pesados [...] Estamos hablando de cosas muy fuertes. Tú sabes que el gobierno es el gobierno y sabe de qué lado masca la iguana, no está ignorante, pero se hace güey” (p. 248).

Los poderosos de las zonas urbano-marginales, descritos por sí mismos en este libro, operan como extorsionadores y sicarios de grandes organizaciones delincuenciales. Continúa hablando Gregoria de su hijo Israel:

Hace unos años, lo detuvieron en el estacionamiento y como traía una pistola se lo llevaron a la policía. De ahí salió porque le movieron pa’ que lo soltaran. Vino su patrón, que quien sabe quién será, y ofreció mucho dinero: “Lo que pidan para que suelten al Six Pack”. Daban un millón de pesos y no quisieron soltarlo, neta. Entonces le hablaron al mero mero y dio la orden de que lo soltaran en ese momento. Dije: “Ay, está bien conectado”, pero nos metemos en muchos pedos por habar de eso, porque esto sí está penado. Así uno solito se ahorca. Na’ más imagínate que estamos hablando de los altos mandos. Na’ más que ellos lleguen a saber algo de esto que te digo, mueven todo. Y en sí, ellos no saben ni quién es Israel, ni nada, él salió de la bronca por sus patrones, o sea, el Israel no es nada, los chingones son sus patrones (p. 250).

Una vez descubierta públicamente en la televisión la imagen de Israel como sicario y secuestrador, él debe esconderse, lejos del barrio que lo protege y amenaza también, distante de su familia y hasta de sus más elementales bienes, y al hacerlo, expone la vida y la libertad de su madre y padrastro, de sus hermanas y hermanos. Los resentimientos mutuos y ruegos por él y por la salud de la consternada madre son plasmados en los testimonios de los hijos e hijas de Gregoria. Dice Luz, la hermana que se declara como la más decidida a apoyarlo como una forma de cuidar de su madre:

Ya se lo dije a mi mamá: “Mira mamá, yo sé que a lo mejor te va a emputar lo que te voy a decir, si te emputas ni pedo, pero si lo van a matar que lo

maten, porque él la debe. Yo no maté a nadie, yo no me meto con nadie, ni me meto en pedos. Si le va a pasar algo que le pase a él mamá, porque él fue el culero. Él se lo buscó y fue pasado de verga con la gente. Es tu hijo, lo amas y cuando lo agarren yo te voy a acompañar a donde esté, o si lo matan, lo vamos a ir a enterrar si lo encontramos, pero aterrizate, jefa, fue bien pasado de verga y hay que reconocerlo. Es mi hermano, sí, pero se pasó y si no fue con estos, fue con otros”. Y ya de ahí mi mamá como que se aterrizó y dijo: “Pues sí, la neta, sí”. (p. 265)

Pasar las páginas de este libro no puede más que estremecernos, introducirnos a un mundo que al inicio parecerá ajeno, propio de “los otros” — como los relojes y los lujos de los que gozan con los recursos de sus actos delictivos les parecen también propios de “los otros” — pero al internarnos en la lectura, el problema va mostrando su magnitud, extensión y hasta una mayor cercanía que la percibida al comienzo.

Expongo en esta reseña mi propia mirada y recorte del libro, pero este rico, vasto, complejo e interesante mar de testimonios, tan desolador y atemorizante, esta narración que nos interpela, pues nos habla de un mundo que no logramos decodificar, que queremos entender pero no experimentar, y

que merece ser pensado y desarticulado por la vía de la inteligencia, la construcción de una cultura de paz, de una economía incluyente, de una política social vigorosa y nueva, de educación y cultura genuinamente formativas y humanistas, de estrategias que hay que construir desde nuevos principios y cimientos.

Se trata de una lectura indispensable para los estudiosos del tema —más bien, de los muchos temas— que aborda este libro, como la seguridad, la violencia, la violencia de género, la pobreza extrema, la delincuencia, la delincuencia organizada, la desigualdad, la cultura, la antropología, la etnografía... *Los hijos de Gregoria. Relato de una familia mexicana*, de Regnar Kristensen y Claudia Adeath, es un libro que seguramente alcanzará decenas de reimpressiones y miles de lectores.

En el prólogo de la obra escriben los autores que, “tras leer el libro, el único comentario de Gregoria fue: ‘no me gusta, pero es la pinche realidad, neta’”, con esta reseña los invito a acercarse a una obra que seguramente les gustará, aunque no sucederá lo mismo con el mundo de violencia y desarraigo que Gregoria, sus hijos, hijas, yernos y nueras describen, ayudados por el fino tejido de Regnar y Claudia.